

La Entrevista en Guayaquil

(ESTAMPA AMERICANA)

JOAQUÍN GALLEGOS
LARA

48

Las cortas ondas de la ría se agitan turbias. Sentado cerca de la popa del bote, el General San Martín, vestido de uniforme azul oscuro, mira sin fijarse los muelles, las balsas, la orilla fangosa. Busca con los ojos al General Bolívar. Canoas y lanchas bogan en torno. El iris de la bandera colombiana y el blanco y celeste de Guayaquil y de Argentina se mezclan en los gallardetes. ¿Cuál de los militares que se agrupan en el muelle es Bolívar? Cree que sólo al verlo lo identificará de golpe. Presiente que ha de ser un soldado de ojos sanguíneos, piel morena y nariz de pico de cóndor. Pero ¿no es el cóndor tan argentino como colombiano? ¿No es en los Andes argentinos donde se ha ganado Chacabuco y perdido Cancha Rayada?

IMAGEN: WWW.CLARIN.COM



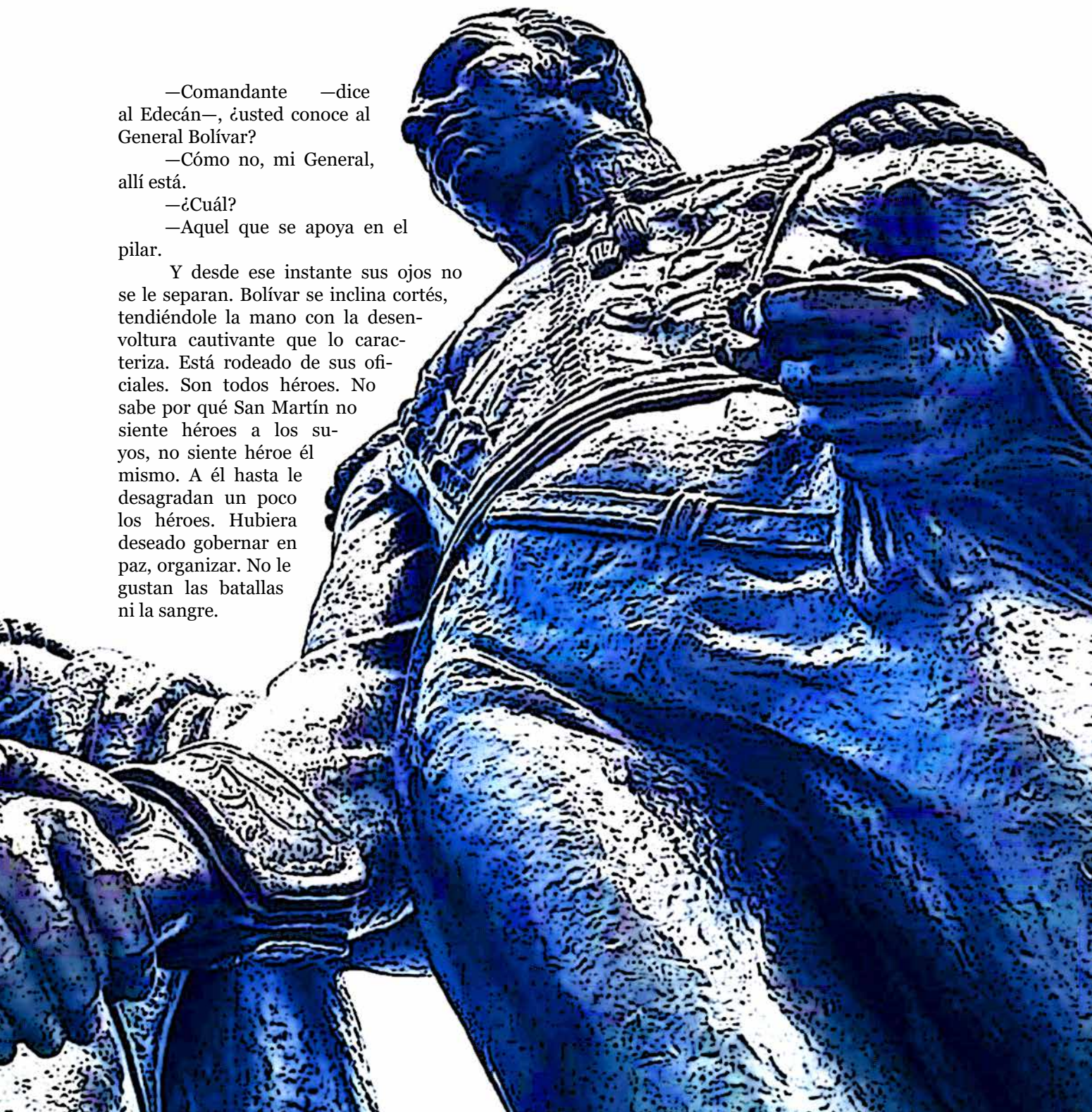
—Comandante —dice
al Edecán—, ¿usted conoce al
General Bolívar?

—Cómo no, mi General,
allí está.

—¿Cuál?

—Aquel que se apoya en el
pilar.

Y desde ese instante sus ojos no
se le separan. Bolívar se inclina cortés,
tendiéndole la mano con la desen-
voltura cautivante que lo carac-
teriza. Está rodeado de sus ofi-
ciales. Son todos héroes. No
sabe por qué San Martín no
siente héroes a los su-
yos, no siente héroe él
mismo. A él hasta le
desagradan un poco
los héroes. Hubiera
deseado gobernar en
paz, organizar. No le
gustan las batallas
ni la sangre.



Detesta el ambiente de cuartel. Pero la vida exige. Ha tenido que guerrear. Y que vencer. Mas, si ha vencido es porque ha jugado las batallas como partidas de ajedrez, las ha trazado como cálculos matemáticos. ¿No era él el mejor matemático entre los cadetes de la Escuela del Rey, en Cádiz? Ahora es el jefe de los ejércitos argentinos. Mañana, tal vez, el primer magistrado de la paz argentina.

En cambio, mi General Bolívar ¿qué se hará cuando cesen las guerras? Dicen que en Cúcuta ha dictado una Constitución admirable. ¿Podría volverse un gran gobernante demócrata, un Washington? No, la América Española no es los Estados Unidos. Hay aquí, en nuestra América, y especialmente en Colombia, demasiados generales mulatos y salvajes, demasiados soldados analfabetos y demasiados gamonales y clérigos, moviéndolos, para que surja una democracia como la del Norte. Tampoco podrán florecer las monarquías en este nuevo mundo, arrancado a la nada como un sueño. ¿Y entonces? San Martín se hace esta pregunta como quien se agacha sobre un abismo, el abismo del porvenir americano.

—¡Mi General, es una satisfacción, es un honor único!

—¡He aguardado con ansia este día de mi vida!

San Martín es más alto; Bolívar, más esbelto. Una corrección de acero y de finura se perfila en la persona pulcra del argentino. Un desafío grácil que no llega al descuido, aureola de impremeditación y de genio al colombiano. Sonríen al estrecharse enérgicas las manos. Cae a plomo el sol radiante del Guayaquil luminoso sobre los uniformes y sobre las espadas.

El pueblo de Guayaquil ha hecho el 9 de Octubre. Ha dado sin contar, soldados para el ejército de Bolívar. Ha combatido en Yaguarachi y vencerá, en Pichincha. De los pisos bajos vecinos al lodo, de las covachas a la sombra de los algarrobos, salen hombres y mujeres morenos, aceitunados de paludismo, con avidez de ver a los héroes de América.

Para San Martín se confunde la impresión cálida de la ciudad tropical, hecha de sombra azul y de sol, con la acogida del hombre que lo recibe como huésped. Experimenta cierta amargura de ser recibido y no recibir él. Y desconfianza oculta. El tuvo la delicadeza de aguardar en Lima. Bolívar le presenta el hecho consumado de su presencia en el puerto astillero mayor de la mar del sur, la presa codiciada desde siglos por los piratas, y que será colombiana.

Pero es imposible guardar rencor al hombre alegre que destierra solemnidades con la cordialidad con que lo acoge. No puede sostenerle la fría, la casi hostil cortesía que deseara. San Martín es sincero, modesto y bueno. Está ya admirando al soldadote al que preveía detestar. ¡Tiene tan leal sonrisa, tantos sueños grandes y tanta fuerza para realizar los sueños, mi General Bolívar!

La casa donde se realiza la entrevista es de techo de tejas, de amplios balcones coloniales y cortinas de lienzo como velas de barco. Una palma de coco la sombrea. Las habitaciones guardan un vago olor de crudas maderas tropicales. A solas, los dos hombres a ratos callan, a ratos hablan con vehemencia. Algunas veces ríen. El eco de sus voces distintas en los cuartos sonoros se vuelve plástico, casi se podría tocar.

—¡El porvenir y la libertad de América, mi General! —dice Bolívar.

—¿Y la paz y el orden? —responde San Martín.

Sus juventudes han sido parecidas como todas las de los años heroicos. Han leído los mismos libros y han hecho los mismos viajes. Los españoles se llevaban el oro y la plata de México y del Alto Perú. Las aduanas de Buenos Aires enriquecían a los oidores y virreyes. Los galeones cargados de cacao que salían de Guayaquil para Sevilla, debían hacer escala en Acapulco, por obra y gracia de la centralización y del capricho. ¿Y qué decir de los azotes y el cepo a los negros y los indios en las haciendas? A ellos, americanos, les dolía. No se podía tolerar más. América ha luchado y ha vencido. Es libre. ¿Qué va a hacer con su libertad?

—En ocasiones me pregunto si no aramos en el mar... Es cuando reflexiono demasiado. Por eso prefiero reflexionar sólo lo suficiente para hacer.

—¿Qué harán de nuestra obra? Debemos organizar el porvenir.

—¿Cómo? La vida desborda toda previsión. Pero mi estrella dice que América seguirá marchando hacia la libertad.

—¿Y la paz y la felicidad de los pueblos?

—¿Y está usted seguro, mi general, de que la paz vale algo sin la libertad?

Al llegar la noche han conferenciado tres veces. Las ideas de Bolívar han asombrado y desengañado a San Martín. Bolívar acaso se siente defraudado al encontrar prejuicios en el único hombre a



IMAGEN: WWW.INFOBAE.COM



quien cree su par en América, a quien juzga, al menos, la segunda personalidad después de él.

Mas, ya en la noche que ha refrescado el aire tostado de la ciudad, los dos se sienten de nuevo aproximados. Al fin son ellos la esperanza vislumbrada por algunos millones de hombres en el continente. ¿Se separarán en desacuerdo?

Y mañana se separarán. Mañana los malos hijos de Colombia y los buenos hijos de Argentina, los lanzarán al ostracismo y al olvido. Mañana es Santa Marta y Boulogne Sur Mer, y sobre el caos americano el tropel chúcaro de los generales mulatos y los gamonales descendientes de la España negra. Mañana, en otro mañana, nuevos hombres, bajo el signo de la estrella bolivariana, volverán a hablar de la Libertad.

Ahora, en la fragante noche del trópico, antes de ir a la fiesta que les ofrecen, donde beberán Jerez y bailarán con las pálidas criollas, Bolívar y San Martín oyen a los lejos gemir una tosca guitarra: bruscamente perciben que es el mismo su destino, experimentan la fraternidad viril de su camaradería, se miran a la cara y se comprenden.

Pablo Echarri como José de San Martín y Anderson Ballesteros como Simón Bolívar, en el filme argentino-colombiano El Encuentro de Guayaquil (2015).

IMAGEN: IDENTIDAD-CULTURAL.COM.AR

